

Elogio patriótico que pronunció
el ciudadano
Juan Francisco de Azcárate

El día diez y seis de septiembre del año de mil ochocientos veintiséis —en la plaza mayor de México— a presencia del Excmo. Sr. Presidente de la República Federal Mexicana, por nombramiento de la Junta cívica, reunida en esta capital con el preciso objeto de celebrar, con la debida solemnidad, el segundo aniversario del grito de independencia que dieron los primeros héroes de la nación el día diez y seis de septiembre del año de mil ochocientos diez.

México 1826.

En La Imprenta Del Águila, dirigida por José Ximeno, calle de Medinas núm. 6.

Fuit enim profecto quibusdam summis viris quaedam ad amplitudinem et gloriam, et ad res magnas bene gerendas divinitus adjuncta fortuna.

Cicero. pro leg. Manília.

Informada la junta patriótica, en sesión de ayer, de que el discurso pronunciado por V.S. la mañana del 16 del corriente en celebridad del Aniversario del grito de Dolores, aun no se había dado a la prensa, acordó, que por esta secretaría se le pidiese a V.S. el manuscrito con el fin de imprimirlo a la mayor brevedad, y que no estuviese por mas tiempo privada de la luz pública una producción tan digna del genio, luces y patriotismo de V.S., como del objeto grandioso a que se contrajo, debiendo ser ella numerada entre los ilustres monumentos que han de inmortalizar a nuestros héroes, y hacer eterno el honor del pueblo mexicano.

Por este acuerdo se deja entender, que la junta ha quedado altamente reconocida al empeño con que V.S. se consagró a llenar el delicado encargo que la misma junta le confiara, y bien convencida de que el suceso de esta confianza, ha contribuido muy señaladamente al esplendor de nuestra augusta festividad.

Todo lo cual participo a V.S. para su satisfacción, esperando se sirva remitirme el precitado discurso.

Dios y libertad. México septiembre 19 de 1826. —José Manuel de Herrera.— Sr. Lic. D. Juan Francisco Azcárate.

Con cuánto placer la nación mexicana recuerda en este día el entusiasmo patriótico que se propaga por esta región septentrional el 16 de septiembre del año de 10, al resonar la voz de ser llegada la hora en que recobre los imprescriptibles derechos de su soberanía. Mexicanos, el gozo que resplandece en vuestros semblantes denota el de vuestros corazones, y forma el germen de los sentimientos magnánimos con que contribuís al bien general de la República. Imitáis a las naciones que nos antecedieron, los dos pueblos mas poderosos, los griegos y los romanos, que prefijaron las fiestas cívicas para presentar a sus ciudadanos las virtudes de sus mayores, aquellos héroes a quienes parece que el cielo privilegió para emprender los hechos más maravillosos, a fin de que tuvieran siempre modelos de perfección que imitar.

Ellas fueron el campo en que el honor cultivó la semilla de la emulación, cuyo fruto es el espíritu público, ese resorte de tanto poder, que elevó sus repúblicas al grado de la mayor opulencia, constituyéndolas sabias, fuertes, poderosas, y llevó la fama de sus nombres hasta las regiones mas distantes. Esto será la mexicana federal, por las virtudes cívicas de los clarísimos varones, héroes insignes e ilustres americanos, Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Balleza, honor y gloria de nuestro suelo.

¿Qué talento por sublime que sea podrá formar dignamente el elogio de unos héroes que viendo la abyección de su patria, inflamados por el fuego sagrado del patriotismo se resuelven a libertarla, reponiéndola al antiguo rango de su poder soberano? Empresa digna de inmortal renombre, que perpetuará para todos los tiempos su gloriosa resolución. En las primeras convulsiones políticas de la España, acaecidas el año de 8, esparcimos esta semilla yo y los sabios Verdad y Tagle el padre, sin más efecto que el de nuestra ruina. ¡Dios eterno, te dignaste conservarme la vida para ocupar en este día, lugar tan preeminente, rodeado de mis conciudadanos y amigos; y en el que fui ultrajado el 16 de septiembre de ese año,* atravesando esta

* En este día fue la prisión del virrey D. José Iturrigaray, a quien se separó del mando por afecto a la América y a los americanos: fuimos presos el Lic. Verdad, y yo, por haber promo-

hermosa plaza, escoltado de guardias, que me condujeron al sepulcro de una prisión! Ya olvido los males que experimenté, las miserias que sufrí; y mi voz se reanima para anunciaros, mexicanos, que si queréis conservar el gobierno republicano federal que adoptasteis, ser felices y hacer respetable el nombre y poder de la República, es preciso que como los héroes, cuyas virtudes aplaudimos, sostengáis con valor su independencia y libertad, y permanezcáis unidos en una sola opinión.

El amor de la patria, ese afecto de la alma racional, que eleva al hombre sobre su ser mismo, haciéndole emprender hechos famosos y sobreponerse a los peligros sin reparar en sus propias desgracias, dirigió a los primeros autores de la independencia. No los anima su personal interés, ni el de sus mujeres, hijos y parientes; no mejorar la suerte de los lugares en que vieron la luz; no adquirir riquezas, honores o empleos; no, mexicanos, sólo tuvieron presente salvar a la patria de la esclavitud en que gemía. Realizan el proyecto sabiendo que entre lograrlo y perecer no hay medio: hablan, y en el instante los pueblos responden enardecidos anuentes a su voto: la guerra comienza, ¡pero adonde me arrebatara mi fantasía! ¿Podré acaso ponerlos a la vista, aunque sea en miniatura, los efectos prodigiosos de esta explosión patriótica, que se hizo resentir por todo el Anáhuac? ¿Omitiré recordar los desastres ocurridos, tan atroces, con que los tiranos quisieron más bien destruirlo y aniquilarlo todo, que ceder en un sólo ápice de su abominable dominación?

Caen desplomados los pueblos y las haciendas; un instante basta para deshacer lo que fue obra de siglos. Incendios, asesinatos, robos; lo más horrible, lo más cruel y tirano son los medios que se ponen en práctica para continuar el despotismo de un gobierno absoluto, dando esta prueba de cobardía. Sus tropas a la manera de la langosta devoran cuanto miran: corre la sangre por las poblaciones y los campos: la muerte y la rabia asolan las provincias, mas su semblante feroz no espanta a los que impávidos a su vista misma ratifican la decisión general. Todos pretenden ocupar las primeras filas; las segundas se disputan el honor de reemplazar el lugar de los que perecen sosteniéndolas, y pelean denodados hasta vencer o morir. En el patíbulo se inmolan a centenares las víctimas: ¿qué familia no cuenta alguna sacrificada en la sangrienta y pavorosa ara de la tiranía? Fueron más terribles que el rayo y el terremoto los mandarines españoles Calleja, Cruz, Arredondo, Trujillo, Ordóñez, Concha, monstruos de crueldad, que nunca se saciaron con la sangre de los mexicanos; pero al paso que su furor se

vido en unión de D. Francisco Tagle como regidores del ayuntamiento, el sistema de la soberanía popular. Murió Tagle de resultas de una cólera que tuvo con un oidor. Verdad en la prisión, y yo me enfermé de epilepsia, por la que salí del separe que sufrí sesenta días con centinela de vista; y permanecí arrestado en mi casa tres años once días, subsistiendo a expensas de mis amigos y otras personas caritativas, a quienes dedico este recuerdo de gratitud.

umenta, el tesón por la independencia crece de un riesgo en otro, y es mayor mientras más empeñados son los peligros. Sin diferencia de edad todos quieren sea la patria libre y no esclava, denotando en el sufrimiento su valor: las mismas madres ponen en la mano a sus hijos el sable, y con ojos enjutos les dicen como las espartanas: o victoriosos o muertos.

Ni aún la fatal desgracia de la decapitación de los padres de la independencia entibia vuestro ardimiento, mexicanos: se aumenta como la llama con el pábulo: nuevos jefes toman a su cargo la dirección de la guerra por todos rumbos; consiguen victorias considerables: se apoderan de grandes territorios; y reducen a los déspotas al mayor de los conflictos. ¡Morelos, Matamoros, Galeana, Ortíz, García, vosotros, genios singulares, obrais maravillas en Oaxaca, en Cuautla, en el Sur, en los Llanos de Apan y en el Bajío: sean vuestros hechos perpetuos en la memoria de los mexicanos; y vuestras sombras respetables se complazcan con la felicidad de que goza la República! Y cuando las vicisitudes de la guerra cambiaron la medalla, ¿el incansable y valiente Guerrero no la sostiene sin ceder en las alturas de la tierra caliente?

No fueron solas las armas a las que apela el gobierno español para hacer la guerra, se prevale de la opinión moral y la religiosa. Incita a las corporaciones y prelados a que persuadan las utilidades de continuar la unión anterior de españoles y americanos: esparce sus escritos en que reluce el artificio de una obediencia forzada, sin embargo de no creerlos bastantes para contener la revolución: confía únicamente el buen éxito en el tribunal que tenía por oficio aprisionar el entendimiento, y mantener la ignorancia con el pretexto de conservar la religión. No se engaña: anatematiza a Hidalgo, declarándolo hereje. ¡Terrible abuso del despotismo inquisitorial! ¿Acaso la dominación de los reyes de España era artículo de fe, o la religión se puede hacer materia de estado? ¿Qué? ¿confundir lo que es de Dios con lo que pertenece a la nación puede dimanar de la doctrina del divino Salvador?

No surten efecto estos ardides: los mexicanos saben distinguir la pureza del dogma del abuso de la autoridad; fieles al primero se desentendieron de lo segundo. La iglesia nada tiene que ver en las disenciones civiles: “mi reino no es de este mundo” dijo Jesucristo; y ya no estamos en los siglos oscuros como aquellos en que tirando Roma una línea sobre la esfera dividió el territorio que se llamó Indias entre los reyes de España y Portugal; ni se cree dependa del poder sacerdotal repetir la donación de Alejandro 6º. Entre el ruido de las armas se impusieron los mexicanos en los derechos que por la naturaleza les competen como a hombres; y en que la Iglesia católica que únicamente trata de la salvación de las almas se acomoda a todos los gobiernos, sin tocar a la potestad temporal, siendo éste uno de los caracteres de su santidad.

Refiero estos males no para renovar las sensaciones odiosas que causaron: la generosidad mexicana los tiene olvidados: lo hago como el cautivo que relata las penas que sufrió en la mazmorra únicamente para más complacerse en los bienes que consigue al mirarse libre. Fueron muchos los que dimanaron del valor impertérrito de los primeros héroes mexicanos. Sin saber el arte de la guerra, peleando con los que les eran superiores en conocimientos, aprendieron a hacerla, como los rusos lo consiguen batallando con los suecos, dirigidos por el Marte de su siglo Carlos 12: ignorando la arquitectura militar y la fortificación presentaron en Cópoco, Jaujilla, Jalpa, Cuautla, San Gregorio &c., lugares fortificados en los que se estrelló diversas veces la furia que los combate. La caballería se hace invencible. Fabrican armas, funden cañones, elaboran pólvora, discurren emboscadas, sorpresas, y se hacen maestros en todos los ardidés y astucias destructoras: en conflictos tan terribles se forman los generales que tanto honran a la República. Finalmente se imponen y saben, porque la experiencia les enseña, que la nación que quiere ser independiente lo es, porque la mexicana lo fué luego que lo resuelve. ¿Y todas estas ventajas a quienes las debemos? Confesamos gustosos que a los héroes que en este día dieron la voz de independencia.

Conseguida ya y hallándose la República en estado tan floreciente ¿deberán los mexicanos dejar las armas y entregarse al descanso, como lo hace el labrador después de alzada la cosecha para disfrutar con quietud de la abundancia debida al sudor de su rostro? No, aún no es tiempo. La caduca parálitica e impotente España no sobrelleva con paciencia nuestras glorias: el oro y las riquezas que llamó suyas excitan más su avaricia en el tiempo de su lacería. Destituida de fuerzas, sin armada, sin dinero, ni los demás recursos, desconfiando de sus tropas por tener muy presente el suceso de Cádiz, mendiga auxilios de las potencias de primer orden. Hace ofertas de desmembraciones de este suelo: sus agentes propalan tener secuaces en nuestro seno; todo lo facilitan y allanan: se prevalen del sistema del absolutismo, y esperan ser escuchados.

Semejantes recursos son tan estériles como miserables. Las naciones pensadoras, ven que la mexicana les ha abierto otra puerta menos costosa y más lucrativa, cual es la del comercio: ven que las relaciones pacíficas son las más propias para aumentar sus intereses, adquiriendo los artículos preciosos que la divina Providencia exclusivamente consigné a esta tierra féráz; y así es de creer, prefieran los medios de la amistad; pero ¿qué conseguirían si abandonándolos, resucitasen las ideas góticas de conquista, y la auxiliasen con armada y ejércitos? ¡Ah! ¡encontrarían únicamente su sepulcro en las costas!

La naturaleza las defiende con impenetrables arrecifes, calas cortas, grandes bancos, terribles escollos y puertos desacomodados: el sol desde su órbita con sus rayos abrasadores; la atmósfera con una temperatura destem-

plada; la fiebre amarilla o vómito negro, y la calentura con el cáncer: el comején, el mosco, la garrapata y otros insectos también las guarnecen con su aguijón: más cuando se libertarán de tantas inclemencias, ¿encontrarían ahora con tropas débiles como las de Tabasco, las de Tlaxcala y las de Cholula a quienes destrozó el aventurero Cortés? ¿No tendrían que pelear con tantos soldados valerosos que se les presentarán frente a frente: soldados que a pecho descubierto se lanzan sobre el cañón y la bayoneta: soldados que han resuelto morir antes que dejar de ser libres y que deje de existir la República? Sí, mexicanos, vuestra decisión, vuestro valor, y la fortaleza de vuestros brazos es su mejor esperanza: permaneced armados para evitar toda sorpresa, y decid: existe y existirá la República en todo el esplendor de su gloria por nuestro esfuerzo que se dedicó a copiar el patriotismo de los primeros héroes mexicanos, hombres insignes a quienes el cielo concedió una suerte feliz para alcanzar la sublimidad de concebir y de emprender grandes hechos y llevarlos a efecto con el sacrificio de su propia existencia.

No es la fuerza armada el principal sostén de las naciones, la moral es el zócalo en que descansa el edificio político. El poder de la opinión es el mayor, que obra siempre de un modo irresistible. Disipa los ejércitos, abre las puertas de las fortalezas mas inespugnables, destruye las leyes, arruina las repúblicas, los reinos y los imperios; así como por el contrario cuando es una, constante e invariable, todo lo hace eterno. No hay suceso prodigioso de que no haya sido el resorte principal; la historia en los diversos cuadros que presenta de las vicisitudes humanas, manifiesta también cuales han sido las que ella padeció. Volved, mexicanos, la vista al norte de este continente y hallaréis que sus diversos estados soberanos componen una gran república federal, que a los 50 años de su erección es sabia, poderosa, rica, comerciante, marítima, industriosa, respetada y temida. Si le preguntáis por la causa que la hizo floreciente con tanta rapidez, responderá: lo debe a la opinión, porque *con la concordia se engrandecen los estados pequeños, y la discordia destruye aún a los mayores*. ¿Qué quedó del dilatado poderoso imperio de Moctezuma por la discordia?; lo que de las repúblicas griega y romana, sólo la memoria de que existieron.

El pacto social, la cadena de oro que suavemente liga a los hombres en solicitud de su propio bien, ¿qué otra cosa es sino la convención tácita de todos los que viven bajo un gobierno, en virtud de la cual están obligados a concurrir y a contribuir con igual ardor a la felicidad común. ¿Y la ciudadanía no es también la obligación invariable del hombre, de ser útil en cuanto le es posible al estado de que es miembro, ya eligiendo para los destinos, o ya siendo elegido para ellos? Extremos tan útiles son los puntos en que se apoya el eje sobre que gira la república mexicana federal: la opinión de los individuos que la componen debe ser una y totalmente dedicada a su bien y a su engrandecimiento.

Si en todos los tiempos es preciso sea una e indivisible, lo es mucho más en los principios de su organización. Los cuerpos morales a semejanza del natural tienen su niñez, su juventud y su ancianidad. La primera de estas épocas es la más deleznable. El cielo exceptuó de este peligro a la nación mexicana por circunstancias que difícilmente se reunirán en otra: desplegó su energía y poder desde que por su propio esfuerzo se elevó al rango de la soberanía.

Los potentados del continente europeo se asombran al saber los pasos gigantescos con que camina a su mayor exaltación. Han visto que la virtud santa de la libertad, eligió para su morada el hermoso hemisferio de Colón; que su poder lanzó de su asiento a la tiranía, e hizo abrir los ojos a los hombres, estimulándolos a gustar del mayor de los bienes. Conocen que la abundancia y la felicidad la acompañarán siempre, porque son el fruto del orden, de la sabiduría, del tesón y del trabajo. Saben que sus estados se desplomarán: el mortal a quien crió libre la naturaleza, siempre apetece y quiere serlo. Lloran ya anticipadamente la destrucción de su opulencia, de su vanidad y de su orgullo: la aniquilación de sus talleres y fábricas, la de su comercio, la de las ciencias, la del primor, y la del gusto; porque todo va a trasplantarse a este suelo feraz y rico. Pero lo que más les aflige es la consideración de que la República mexicana por la localidad de su territorio, tiene en su mano trasladar sus relaciones comerciales a otras regiones para privarlos del goce de las riquezas en que abunda.

Deseosas de precaver su ruina, han resuelto allá en sus congresos tenebrosos sustituir a la libertad el absolutismo: negar a los pueblos el derecho de gobernarse por sí mismos, y establecer ese sistema despótico en las cuatro partes del universo. No lo ejecutarán con las armas como en el Piamonte, Nápoles y España; pero sí se valdrán de la intriga, de la seducción y del prestigio. Los medios no son calculables: ¿quién puede numerar los de la malicia y el interés? Procurarán sus emisarios y adictos dividir la opinión general, y ponerlo todo a sus pies, para cantar el triunfo sobre las ruinas de las repúblicas americanas.

Es necesario por lo mismo estar alerta para no caer en el lazo: desechar toda idea de división: rodear al gobierno con la muralla impenetrable de la opinión general para sostenerlo: así será eterno, feliz, y lo será la República. Si tiene defectos, su sabia constitución señaló la época en que deberán corregirse, después que la experiencia haya convencido la necesidad. Si los agentes del poder salen de sus órbitas, las leyes señalan el modo de contenerlos; y los patriotas ilustrados por medio de la prensa, declamarán de un modo decoroso y digno hasta extinguir los abusos.

Haced, ¡oh mexicanos! lo que ejecutaron en su respectivo caso los padres de la independencia. Afirmados en su opinión, la publicaron y sostuvieron hasta sellarla con su sangre. Vosotros estáis gozando el fruto de aquél primer impulso, sin el cual gemiríais aún abismados en la esclavitud. ¡Cuán

dignos son de vuestro agradecimiento los que os mostraron la senda de la libertad! Imitadlos con más empeño ahora que poseéis todos los elementos de la prosperidad, que criaron, llevando en lo posible a la mayor perfección su proyecto, sacrificando su vida para conseguirlo.

Un congreso tan ilustrado como justo, os da leyes: un presidente patriota y ensayado en las adversidades, desempeña el Poder Ejecutivo de un modo paternal: la Suprema Corte de Justicia, da pruebas realizadas de actividades y entereza: los ministros cumplen con la mayor exactitud las leyes: los congresos de los estados federales los hacen florecientes: las autoridades y empleados llenan sus deberes: el ejército perfectamente equipado y armado lo componen generales expertos, oficiales pundonorosos y soldados valientes, que han jurado sacrificar sus vidas por defender a la República: la marina, aunque naciente, se hace respetar: el comercio progresa, la agricultura prospera y la industria en su tanto crece: la minería proporcionó la entrada de más de diez millones, que invierte la especulación extranjera en el laborio de diversos de los minerales conocidos por la riqueza de sus metales: la educación pública recibe mejor método; y las ciencias anuncian adelantos prodigiosos: las relaciones de amistad con la Inglaterra, que es el baluarte inespugnable de la libertad y la primitiva fuente de ella, son particulares y terminarán en el reconocimiento de la independencia: la han reconocido ya las repúblicas del norte-América y las del sur: no hay división de conceptos, todos piensan de una misma manera, y su interés termina al mayor bien de la República.

¡Ah! qué campo tan espacioso se os presenta, mexicanos, para dar a conocer los sublimes quilates de las virtudes y dotes que os distinguen. Cientos de millones de hombres, los pueblos, las naciones, el universo todo están pendientes de vuestros proceder. No tienen otra esperanza los que gimen oprimidos bajo del yugo del despotismo, que los progresos de vuestra felicidad. Convierten sus ojos a éstas regiones y se dicen a sí mismos: allí residen la libertad, el patriotismo, la abundancia y la felicidad: cada república es un templo en donde esa deidad recibe el homenaje purísimo de los votos de los hombres libres, que reintegrados en los derechos que la naturaleza les concede, pueden todo lo que las leyes no les prohíben: de ellas se deriva el bien de la especie humana ultrajada por los tiranos. ¡Dios omnipotente, Señor del tiempo y de la eternidad, bendice para siempre a los que te has dignado concederles tanto bien, para que así como supieron sacudir el yugo ominoso de la esclavitud, prosigan unidos en una opinión a completar la escala de su engrandecimiento, presentando a los demás pueblos la ruta que deben seguir!

Después aplauden la preferencia que el congreso de Panamá hizo de la mexicana para trasladarse a su territorio, en el cual logrará la seguridad que le es tan necesaria por lo sano del clima y estar exento de toda interpresión hostil de los enemigos de su existencia la España y sus aliados. La coalición

celebrada entre las repúblicas americanas, que pondrá en olvido la de Grecia, recibirá el apoyo de que necesita, sus órdenes se cumplirán con la rapidez del relámpago; y en todo evento tendrá el celo de la nación rica que, extendiendo sus brazos sobre el Océano Atlántico y el Meridional, ostenta su grandeza y su poder.

Ved, mexicanos, cómo este día augura el porvenir supremo de las mayores dichas que disfrutaréis. ¡Qué! ¿No sentís en este momento en vuestros corazones las efusiones tiernísimas del espíritu público y las del patriotismo, al ver los objetos que tenéis presentes, esos objetos que han arrebatado vuestra preferente atención? Acercaos a gozar de las delicias que manan de la caridad pública; y ved como la mano piadosa del digno presidente de la República premia con dos onzas de oro a cada uno de los tres niños que el año pasado tomó bajo su protección, por los adelantamientos que han hecho en los primeros rudimentos de su educación, y manifestaron en el examen que tuvieron el día diez en la sala capitular del ayuntamiento, supliendo de este modo los oficios de sus padres, que murieron por el bien de la patria. Igualmente socorre con cien pesos a cada una de las diez parientas que la suerte señaló y han probado serlo de los héroes de la independencia. A esas siete africanas que sacadas de su país natal gemían en la esclavitud en medio de una república libre, hoy las restituye al goce de su libertad, desagráviando casi a la naturaleza, y siguiendo las huellas de todas las naciones sabias. Y esos veintidós valientes patriotas que en el campo del honor batallando con los tiranos obraron hazañas prodigiosas, llevando en sus heridas y estropeamientos la mejor hoja de servicio, ¿no veis cómo los auxilia poniéndoles en mano una onza de oro para acudir a sus urgencias? Los cincuenta y seis niños, y veinte niñas que vestidos de un todo completan el adorno de este acto munificentísimo, ¿no comprobarán siempre el desvelo con que el gobierno mira a la juventud, el almacigo precioso de ciudadanos, auxiliándolos y protegiéndolos en los momentos en que no pueden valerse por sí solos?

Son pequeñas muestras; pero que indican lo que hará la República en el tiempo de su mayor engrandecimiento; son las que pudo discurrir la junta de ciudadanos encargada de la dirección de tan plausible aniversario en el corto término de diez y seis días, tiempo muy angustiado para que su patriotismo pudiese manifestar las grandiosas ideas que pretendía realizar. Con todo, llena del más noble entusiasmo, cree ha presentado a la República mexicana en un punto pequeño de vista, el bien que disfruta, gozará en lo sucesivo y nunca probaron los tiranos, y es, el hacer felices a los hombres en todo estado y tiempo. Mexicanos, démosle las gracias más expresivas a la junta por el cabal desempeño de la confianza que la nación hizo de su celo, de su integridad, y exactitud; y también porque de un modo práctico y visible a todos, manifestó los bienes que la nación experimenta ya de resultas del grito memorable de independencia que dieron los primeros hé-

roes de la nación mexicana; pues sosteniéndola y su libertad con el valor, como lo ejecutaron despreciándolo los riesgos y los peligros, y manteniendo unida su opinión sin dividirla y separarla en concepto alguno, nos proporcionaron los bienes que ya poseemos y los que nos restan adquirir, conforme consolidemos más el gobierno republicano federal que adoptamos, y es el más justo y más proporcionado a los deseos de los hombres, y el que le es más conveniente. Sí, mexicanos, nunca olvidéis, ni dejéis de celebrar, que eligiendo una muerte cierta, dieron el mayor ardimiento a la nación, la entusiasmaron por su bien y su prosperidad; y de esta suerte muriendo le fueron más útiles que si hubieran vivido en este día los patriotas Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Balleza.

Dije.